

27 de agosto, 1832.

A medio día, damos la vela de Rodas para Chipre, con un tiempo delicioso: mis ojos no se apartan de Rodas hasta que al fin se hunden en el mar. Siento alejarme de esa hermosa isla, en la que de buena gana me establecería, si estuviese ménos separada del mundo vivo con el que el destino y el deber nos imponen la ley de vivir! ¡Qué deliciosos retiros en las faldas de esas altas montañas y en esas laderas sombreadas por todos los árboles de Asia! Me han enseñado una casa magnífica perteneciente al antiguo bajá, rodeada de tres grandes y ricos jardines regados por abundantes fuentes, adornados de bellísimas glorietas.—Piden por ella 16,000 piastras de capital, es decir, sobre 4,000 francos.—¡Felicidad verdaderamente barata!

28 de Agosto 1832.

La mar está hermosa, pero pesada, sin viento; inmensas oleadas vienen del Oeste á rodar magistuosamente bajo nuestra popa y nos echan por espacio de tres días y de tres noches, ya sobre un costado, ya sobre otro.—¡Qué insoportable martirio

es un movimiento sin resultado!—¡Es el tormento de Sísifo! El cuarto día divisamos la punta Oriental de Chipre; pasamos un día costeano la isla, y no echamos el ancla en la rada de Larnaca hasta el sexto por la mañana.

M. Bottu, cónsul francés en Chipre, reconoce el buque donde sabe que estamos embarcados, y envía á bordo una de las personas de su consulado para convidarnos á ir á hospedarlos á su casa y á aceptar una hospitalidad á la que no tenemos mas derecho que su estremada amabilidad:—acepto y vamos á tierra.—M. y madama Bottu nos reciben con la mayor finura y cordialidad:—M. Perthier y M. Guillois, agregados al consulado, nos colman tambien de atenciones; recibimos y pagamos visitas;—regalos,—café, vino de Chipre, enviados por M. Mathei, uno de los magnates de la isla.

31 de Agosto.

Pasamos dos días en Chipre disfrutando el placer del descanso despues de una larga navegacion, y entre los agasajos de la mas grata é inesperada hospitalidad; tal es el estado de mi ánimo en Chipre, pero esto es todo. Este pais, que me habian ponderado como el jardin mágico de las islas del Mediterráneo, se parece enteramente á todas

las islas peladas, mustias y pobres del Archipiélago;—es el casco de una de aquellas islas encantadas donde la antigüedad habia colocado la escena de uno de sus mas poéticos cultos:—verdad es que, impaciente por llegar á Asia, no he visitado mas que con la vista los puntos lejanos y pintorescos de que se dice está llena la isla.—A mi regreso pienso detenerme en ella un mes y recorrer despacio las montañas de Chipre.

La isla es fértil en todas sus partes; naranjas, aceitunas, uvas, higos, vino, algodón, todo se da en este suelo, hasta la caña de azúcar. Esta tierra de promision, este hermoso reino para un caballero de las cruzadas, ó para un general de Bonaparte, mantenia en otro tiempo hasta dos millones de habitantes; en el dia no contiene mas que treinta mil habitantes griegos y algunos turcos. Nada seria mas fácil que apoderarse de esta soberanía; un aventurero lo conseguiria sin dificultad con un puñado de valientes y algunos millones de piastras; la empresa mereceria la pena de intentarse, si hubiera probabilidad de conservar lo adquirido; pero la Europa, que tiene tanta necesidad de colonias, se opone á que se las den; las rivalidades de las potencias ausiliarian á los turcos, sembrarian la discordia en la nueva conquista, y el conquistador experimentar la suerte del rey Teodoro.—¡Qué lástima! Esto no es mas que un hermoso sueño, y ocho dias lo convertirian en una hermosa realidad.

A la vela, 23 de Septiembre, 1832.

Dimos la vela anoche á las doce: nuestros amigos de Chipre, MM. Bottu y Perthier pasaron la noche con nosotros sobre cubierta en el bergantín, y no se retiraron hasta las doce, dejándonos los mas vivos sentimientos de gratitud por las bondades que han tenido con nosotros. Singular destino es el del viajero; por todas partes va sembrando afectos y recuerdos, dulces ó tristes; nunca deja un sitio sin el deseo y la esperanza de volver á él para ver á los que pocos dias antes no conocia. Cuando llega, todo le es indiferente en la tierra por donde tiende la vista; cuando se va, siente que hay ojos y corazones que le siguen desde la playa que ve alejarse detras de sí. El tambien fija en ella sus miradas y deja en ella algo de su propio corazon; luego el viento le impele hácia otro horizonte, donde van á renovarse para él las mismas escenas, las mismas impresiones. Viajar es multiplicar con la llegada y la partida, con los conocimientos y las despedidas, las impresiones que los sucesos de una vida sedentaria no ofrecen sino de tarde en tarde; es experimentar cien veces en el año un poco de lo que se experimenta en la vida ordinaria, conociendo, amando y perdiendo á seres que la Providencia ha puesto en nuestro camino.

Partir, es como morir cuando se dejan esos países lejanos á donde el destino no conduce dos veces al viajero. Viajar, es reasumir una larga vida en pocos años; es uno de los mas recios ejercicios que el hombre puede dar á su corazón como á su pensamiento. El filósofo, el hombre político, el poeta, deben haber viajado mucho. Mudar de horizonte moral es mudar de pensamiento.

3 de Septiembre, 1832.

Nos despertamos en alta mar: ya no vemos las altas costas de esa isla, ni la redonda cumbre del Olimpo. El mar está sereno como un gran lago; una densa y argentada bruma ciñe por todas partes el horizonte. Una débil brisa, lenta y desigual, viene de cuando en cuando á morir en nuestras anchas velas: un sol de plomo quema las tablas de nuestro puente, que regamos para refrescarlas. Los marineros están tendidos en los barrotos y en las jarcias, sin palabra, sin movimiento, chorreándoles el sudor de las frentes. El aire falta á la respiracion;—es un verdadero incendio en el mar: parece que se respira anticipadamente la húmeda ardiente reverberacion de las arenas del desierto, del que todavía estamos sin embargo á ciento cincuenta leguas. Así se pasan las horas. No tiene uno fuerza para hablar ni aun para leer.

Entreabro de cuando en cuando la Biblia para buscar en ella lo relativo al Líbano, primeras cumbres que deben en breve herir nuestra vista. Leo la historia de Heródes en el historiador Josefo.

4 de Septiembre, 1832.

La misma ausencia de viento; el mismo incendio del cielo. La mar humea de calor, y sus aguas muertas están veladas por una niebla que no agita ningun viento. Espiamos hasta donde alcanza la vista las ligeras arrugas que trazan en su superficie algunas brisas perdidas; vemos una de ellas acercarse lentamente al bergantín, animando un poco el color del mar, é hinchando un poco al fin nuestras velas: el bajel cruge y levanta un poco de espuma hácia la proa. Los pechos se dilatan; todos se acercan al bordo por donde sopla la brisa. Siente uno deslizarse un poco de frescura sobre su frente, bajo los mechones húmedos de su cabello, y luego todo vuelve al calmazo y al horno acostumbrados. El agua que bebemos está tibia; nadie tiene aliento para comer. Si este estado se prolongase, el hombre no viviria mucho tiempo; por fortuna ya no nos quedan mas que seis semanas de estos calores, que acaban á mediados de Octubre.

4 de Septiembre por la noche.

Desde las cinco hasta las ocho de la noche, viento fresco que soplabá del golfo de Alejandreta, nos ha hecho andar algunas leguas. Debemos estar con corta diferencia á mitad de camino entre la isla de Chipre y las costas de Siria; acaso mañana al despertarnos estaremos á la vista de las costas.

5 de Septiembre, 1832.

He oido al despertarme el ligero murmullo producido por la estela del buque cuando anda, y me he dado prisa á subir á cubierta para ver las costas, pero aun no se divisaba nada. Las corrientes, frecuentes en este mar, podian habernos llevado muy léjos de nuestra estima; acaso estábamos á la altura de las costas bajas de la Idumea ó del Egipto. Todos estábamos con la mayor impaciencia.

La misma fecha, á las dos de la tarde.

El capitán del bergantín ha reconocido las cimas del monte Líbano, y me llama para enseñármelas, pero yo las busco en vano en la inflamada bruma donde me las indica su dedo: nada veo mas que la trasparente niebla que levanta el calor y encima algunas capas de nubes de un color blanco mate. Él insiste, y vuelvo á mirar, pero siempre en vano; todos los marineros me enseñan sonriendo el Líbano; el capitán no comprende como no le veo como él.—Pero ¿dónde le busca vd.? me dice: no lo busque vd. tan léjos: aquí, mas cerca, sobre nuestras cabezas.—En efecto, alcé los ojos hácia el cielo y ví la blanca y dorada cuesta del Sannin que se alzaba en el firmamento encima de nosotros.—La bruma del mar me impedía ver su base y sus vertientes: solo su cabeza aparecía radiante y serena entre el azul del cielo. Aquella fué una de las mas magníficas y dulces impresiones que he experimentado en el trascurso de mis largos viages: ya veía en fin la tierra adonde tendian entónces todos mis pensamientos, como hombre y como viagero;—la tierra sagrada, la tierra adonde iba desde tan léjos á buscar los recuerdos de la humanidad primitiva;—y sobre todo, la tierra adonde iba por úl-

timo á hacer descansar en un clima delicioso, á la sombra de los naranjos y de las palmeras, los objetos que mas amaba en este mundo, mi esposa y Julia. No dudo que uno ó dos años pasados bajo aquel hermoso cielo robustecería la salud de Julia que, de seis meses á esta parte, me da algunas veces funestos presentimientos: saludo esas montañas de Asia como un asilo adonde Dios la lleva para sanarla; una secreta y profunda alegría llena mi corazón, y no puedo desprender mis ojos del monte Líbano.

Comemos á la sombra del toldo estendido sobre el puente. La brisa continúa y se reanima á medida que declina el sol; á cada momento corremos á la proa para medir la marcha del buque por el ruido que hace hendiendo la mar: en fin, el viento refresca; las alas se rizan; largamos cinco nudos de hora en hora; las laderas de las altas montañas cortan la niebla y se nos salen al encuentro como aereos cabos: empezamos á distinguir los profundos y negros valles que se abren en las costas; las barrancas blanquean, las peñas de las crestas se destacan á la vista; los primeros collados que arrancan de la inmediacion del mar redondean sus contornos; poco á poco creemos reconocer á algunos pueblecillos en las faldas de las colinas, y grandes monasterios que coronan, como góticos castillos, las cimas de los montes intermedios. Ca-

da objeto que alcanzamos con la vista es una alegría en el corazón; todos estamos sobre cubierta: cada uno hace observar á su vecino un objeto en que no habia reparado; uno ve los cedros del Líbano, como una mancha negra en el costado de una montaña; otro como una torre en la cumbre de los montes de Trípoli; algunos creen distinguir la espuma de las cascadas en las pendientes de los precipicios.—Quisiera uno poder ántes de la noche arribar á aquella playa tan anhelada; temblamos de que en el momento de asirla, un calmazo aduerma nuestro buque durante largos dias sobre esas olas que nos impacientan, ó que nos venga de la costa un viento contrario que nos rechace al mar de Candia: ese mar de Siria, golfo inmenso, rodeado de las altas cimas del Líbano y del Tauro, es pérfido para los marinos:—no hay en él mas que temporales ó calmazos y corrientes que arrastran invenciblemente al buque muy léjos de su rumbo; y luego, no hay puertos en las costas; es preciso fondear en radas peligrosas á grande distancia de la playa; una marejada casi constante trabaja esas radas y corta las anclas; no estaremos tranquilos y seguros de haber llegado hasta que saltemos á tierra. Mientras así discurriamos y titubeábamos entre la esperanza y el temor, cae la noche de repente, no como en nuestros climas, con la lentitud y la gradacion de un crepúsculo, sino como un telon que se corre entre el cielo y la tierra. Todo

se apaga; todo se borra en los negros costados del Líbano, y ya no vemos mas que las estrellas, entre las cuales se balancean nuestros mástiles. El viento cae tambien, la mar duerme, y todos bajamos cada cual á nuestro camarote, en la inseguridad de nuestra suerte de mañana.

Yo no dormia; mi espíritu estaba agitado:—oía, por entre las mal trabadas tablas que separaban mi cuarto del de Julia, el resuello de mi hija dormida, y todo mi corazon reposaba sobre ella: pensaba que mañana tal vez, yo dormiria tambien mas tranquilo por esa vida tan cara que me arrepentia de haber aventurado así sobre el mar,—que una tempestad podia arrebatarme en flor.—Rogaba á Dios en mi pensamiento que me perdonase esta imprudencia, que no me castigase por haberme confiado demasiado en él, por haberle pedido mas de lo que tenia derecho para pedirle. Luego me tranquilizaba y me decia á mí mismo:—Esa niña es un ángel visible que protege juntamente su propio destino y todos los nuestros: el cielo nos tomará en cuenta su inocencia y su pureza por rescate; nos llevará al puerto, nos volverá á la patria á causa de ella. Ella habrá visto, en la mas hermosa edad de la vida, en esa edad en que todas las impresiones se incorporan, por decirlo así, con nosotros, y llegan á ser los elementos mismos de nuestra existencia; ella habrá visto lo mas bello

que hay en la naturaleza, en la creacion; los recuerdos de su infancia serán los maravillosos monumentos, las obras maestras de las artes en Italia:—Aténas y el Partenon quedarán impresos en su memoria, como lugares paternos; las hermosas islas del Archipiélago, el monte Tauro, las montañas del Líbano, Jerusalem, las Pirámides, el desierto, las tiendas del Arabe, las palmeras de la Mesopotamia, serán cosas que contará en su edad avanzada: Dios le ha dado la hermosura, la inocencia, el génio, y un corazon en el que todo se enciende en sentimientos generosos y sublimes:—¡así le habré dado yo lo que podia añadir á esos dones celestiales, el espectáculo de las escenas mas maravillosas, mas encantadas de la tierra! ¡Qué será á veinte años! ¡Todo habrá sido ventura, piedad, cariño y maravillas en su vida!—¡Oh! ¡Quién será digno de completarla con el amor?—Y yo lloraba y oraba con fervor y confianza, porque nunca puedo tener un sentimiento fuerte en el corazon, sin que tienda al Infinito, sin que se resuelva en un himno ó en una invocacion al que está al fin de todos nuestros sentimientos, al que los produce y los absorbe todos,—á Dios.

Cuando iba á dormirme, oí sobre el puente algunos pasos precipitados como para una faena, lo que me admiró, porque hacia tiempo que el silencio era completo, y el mar no espedia mas que un

ligero estremecimiento de las olas, que me anunciaba que el bergantin seguia navegando. Pronto oí los sonoros eslabones de la cadena del ancla desarrollarse pesadamente del cabestante; luego sentí que aquel golpe seco que hace vibrar todo el buque cuando el ancla ha rodado hasta el fondo sólido y muerde en fin, la arena ó las yerbas marinas. Levantéme y abrí mi estrecha ventana; ya habíamos llegado: estábamos en la rada delante de Berut. Veia algunas luces diseminadas en una playa distante; oía los ladridos de los perros en la costa, que fué el primer ruido que me llegó de la tierra de Asia; verdaderamente me regocijó el corazón. Eran las doce de la noche: dí gracias à Dios y me dormí dulce y profundamente: nadie sino yo se habia despertado debajo de cubierta.

6 de Septiembre, 1832, á las nueve de la mañana.

Estábamos delante de Berut, una de las ciudades mas pobladas de la costa de Siria, llamada antiguamente Berite, hecha colonia romana bajo Augusto, que le dió el nombre de *Felix Julia*: atribuyósele este epíteto de feliz á causa de la fertilidad de sus cercanías, de su incomparable clima y de la magnificencia de su situacion. La ciudad ocupa una graciosa colina que descende en suave

declive hácia el mar; algunos brazos de tierra ó de peñascos avanzan dentro de las olas, sustentando fortificaciones turcas del efecto mas pintoresco; cierra la rada una lengua de tierra que defiende el mar de los vientos de Este; toda esa lengua de tierra, igualmente que las colinas circunvecinas, están cubiertas de la mas rica vegetacion; por todas partes se ven plantadas moreras, elevadas de piso en piso sobre terrados artificiales; los algarrobos de sombría verdura y magestuosa copa, las higueras, los plátanos, los naranjos, los granados y otra multitud de árboles y arbustos agenos de nuestros climas, estienden, en todos los puntos de la ribera cercanos al mar, el armonioso velo de sus diversos follages; mas léjos, en las primeras pendientes de las montañas, los bosques de olivos tiñen el pais con su verdura gris y cenicienta; á cosa de una legua del pueblo, empiezan á alzarse las altas montañas de las cordilleras del Líbano, abriendo aquí sus profundas gargantas donde la vista se pierde en las tinieblas de la distancia, derramando allí sus anchos torrentes, que son rios, y tomando diferentes direcciones, unas hácia Tiro y Sidon, otras hácia Trípoli y Latakia, y sus desiguales cimas, perdidas entre las nubes ó blanqueadas por la repersucion del sol, se parecen à nuestros Alpes cubiertos de nieves eternas.

El muelle de Berut, que las olas lavan sin cesar, y á veces cubren de espuma, estaba lleno de una

multitud de árabes en todo el esplendor de sus brillantes trages y de sus lujosas armas. Véase en él un movimiento tan activo como en los muelles de nuestras grandes ciudades marítimas; multitud de buques europeos estaban anclados junto á nosotros en la rada, y las chalupas cargadas de mercancías de Damasco y de Bagdad, iban y venian sin cesar de la playa á los buques; las casas de la ciudad se alzaban confusamente agrupadas, sirviendo los tejados de unas azoteas á otras; aquellas casas de tejados horizontales, y algunas con balastradas almenadas, aquellos agimeces dobles, aquellas rejas de madera pintada que los cerraban herméticamente como un velo de los zelos orientales; aquellas copas de las palmeras que parecia que brotaban de las piedras y que se alzaban hasta por cima de los tejados como para llevar un poco de verdura á la vista de las mugeres prisioneras en los harenes, todo aquello cautivaba nuestros ojos y nos anunciaba el Oriente; oíamos el agudo chillido de los árabes del desierto que disputaban en los muelles; y los ásperos y lúgubres gemidos de los camellos que escuchan gritos de dolor cuando se los hace doblar las rodillas para recibir sus cargas. Ocupados en contemplar aquel espectáculo tan nuevo y sorprendente para nosotros, no pensábamos en bajar á nuestra nueva patria; el pabellon de Francia ondeaba sin embargo en la punta de un palo sobre una de las casas mas elevadas de la ciudad, y pare-

cia que nos brindaba á ir á descansar bajo su sombra, de nuestra larga y ardua navegacion.

Pero llevábamos demasiada gente y demasiado bagage para resolvernos á desembarcar ántes de haber reconocido el pais y elegido una casa, si podíamos hallar una. Dejé á mi muger, á Julia y á dos de mis compañeros de viage en el bergantín é hice botar la chalupa el agua para ir á la descubierta.

A los pocos minutos, una hermosa oleada ancha y plateada me echó á la playa, y varios árabes, remangados los pantalones hasta el muslo, me llevaron en brazos hasta la entrada de una calle oscura y rápida que conducia al consulado de Francia. El cónsul, M. Guys, para quien traia cartas, y á quien ví en Marsella, no habia llegado todavía á su destino; hallé en su lugar M. Jorelle, agente del consulado y dragoman de Francia en Siria, jóven cuya agraciada y bondadosa fisonomía nos previno en su favor, y cuyas bondades con nosotros, durante nuestra larga residencia en Siria, justificaron aquella primera impresion. Ofreciéonos una parte de la casa del consulado para primer asilo, y nos prometió hacer buscar una habitacion en las cercanías del pueblo, donde podíamos sentar nuestros reales. En pocas horas, las chalupas de varios buques y los esportilleros de Berut, bajo la vigilancia de los genízaros del consulado, acabaron de de-

sembarcar nuestra gente y nuestras provisiones de todos géneros, y ántes del anochecer ya estábamos todos en tierra, alojados interinamente, y colmados de atenciones y de agasajos por M. y madama Jorelle. Cierto que es un momento delicioso aquel en que, despues de una larga y borrascosa travesía, recién llegado á un pais desconocido, echa uno la vista desde lo alto de una azotea perfumada y risueña, al elemento que acaba en fin de dejar por mucho tiempo, al bergantin que le ha llevado en medio de las tempestades, y que todavia se mece en una rada ondeante, sobre la umbrosa y serena campiña que le rodea, sobre todas esas escenas de la vida en tierra, que tan dulces parecen cuando se ha estado privado de ellas mucho tiempo:—hay algo de sentimiento de la convalescencia, despues de una larga enfermedad, en la impresion de las primeras horas, de los primeros dias pasados en tierra, despues de una navegacion. Toda la tarde hemos disfrutado esas deliciosas impresiones. Madama Jorelle, jóven y hermosa señora, natural de Alepo, ha conservado el rico y noble traje de las mugeres árabes,—el turbante, la chaqueta bordada, el puñal en la cintura. No nos cansábamos de admirar aquella magnífica vestimenta que realizaba su hermosura, enteramente oriental.

Cuando llegó la noche, nos sirvieron una cena á la europea, en un kiosko cuyas anchas ventanas

enrejadas se abrian sobre el puerto, y donde el fresco viento de la marina agitaba la llama de las bujías; hice abrir una caja de vinos de Francia, que añadí á aquel festin de la hospitalidad, y así pasamos nuestra primera noche, hablando de las dos patrias que dejábamos y que íbamos á buscar: una pregunta sobre Francia respondia á una pregunta sobre el Asia. Julia jugaba con las largas trenzas de algunas mugeres árabes ó de algunas esclavas negras que vinieron á visitarnos, admiraba aquellos trages nuevos para ella; su madre trenzaba los largos rizos de su rubia cabellera á imitacion de las damas de Berut, ó le ponía su chal, á manera de turbante en la cabeza. Nada he visto mas hechicero, entre todas las caras de muger que se me han quedado impresas en la memoria, que la cara de Julia tocada de aquella suerte con el turbante de Alepo, con la gorrita de oro cincelado, de donde caian franjas de perlas y cadenas de zequies de oro, con las trenzas de su pelo pendientes sobre sus hombros, y con aquella mirada atónita, alzada sobre su madre y sobre mí, y aquella sonrisa que parecia decirnos:—¡Gozad, y ved cuan hermosa estoy así!

Despues de haber hablado cien veces de la patria y citado todos los nombres de sitios y de personas que un recuerdo comun podia hacer interesantes para nosotros; luego que nos hubimos dado

todos los informes mutuos que podian importarnos, se habló de poesía: Madama Jorelle me pidió que le hiciese oír algunos trozos de poesía francesa, y nos tradujo algunos fragmentos de poesía de Alepo. Dijele que la naturaleza es siempre mas poética que los poetas, y que ella, en aquel momento, á aquella hora, en aquel hermoso sitio, á la luz de la luna, con aquel trage extranjero, con aquella pipa oriental en la mano, y aquel puñal con mango de diamantes en la cintura, era un objeto de poesía mas bello que todos los que habiamos recorrido con el pensamiento,—y como me respondiese que le seria muy agradable tener un recuerdo de nuestro viage que enviar á su padre, á Alepo, en algunos versos hechos para ella, me retiré un momento y le presenté los versos siguientes, que no tienen mas mérito que el sitio en que fueron escritos y el sentimiento de gratitud que me los inspiró.

¿Tú? ¿tú á mi númen le pides
 Incienso de poesía?
 ¿Tú á los vientos del desierto,
 Hija de Oriente, nacida,
 Flor de Alepo, que Bulbul (1)
 A todas preferiria,
 Para eshalar en su cáliz

(1) Nombre del ruiseñor en Oriente.

Sus lánguidas melodías?
 ¿Se le vuelve su fragancia
 Al bálsamo que la espira?
 ¿Que le den rayos de luz
 La alba oriental necesita,
 O el nocturno firmamento
 Estrellas de oro infinitas?
 No, no hacen falta aquí versos;
 Mas si tu mirada aspira
 A contemplar lo mas bello
 Que tiene la poesía,
 En el agua de esa fuente (1)
 Contéplate tú à tí misma;
 ¡No tiene imágen el verso
 Que con tu beldad compita!
 Cuando de noche, del kiosko
 Junto á la enrejada ojiva,
 Que da á la luz de la luna
 Paso y al aura marina,
 Te sientas en las esteras
 Esmaltadas en Palmira,
 Do humea el amargo moka
 En labradas marcelinas:
 Cuando tu mano á tus labios
 Entreabiertos aprocsima
 Ese tubo de jazmin

(1) Todos los patios de las casas en Oriente tienen un surtidor de agua enmedio y un pilon de mármol.

Que aureos flecos atavían,
 Y aspirando los aromas
 De las rosas purpurinas,
 Haces murmurar el agua
 En el fondo de tu pipa:—
 Cuando la ondeante nube,
 Que te cerca y te acaricia
 Con sus fragantes vapores,
 A enagenarte principia,
 Y los lejanos ensueños
 De nuestras antiguas dichas,
 Se nos figura que nadan
 En el aire que respiras;
 Cuando del árabe errante
 La ardiente yegua nos pintas,
 Tascando el freno espumoso
 Bajo tu mano de niña,
 E igual el oblicuo rayo
 Que tus bellos ojos vibran,
 El dulce y ardiente rayo
 De su triunfante pupila;
 Cuando en tu brazo arqueado,
 Cual asa de urna antigua,
 Tu frente meditabunda
 Dulcemente se reclina,
 Y del astro de la noche
 Bajo la vislumbre viva,
 Del puñal que al lado ciñes,
 Los puros diamantes brillan,

No hay nada, nada en los sonos
 Con que los hombres se esplican,
 Ni de los bardos, cual yo,
 En la frente pensativa;
 Nada en los tiernos acentos
 Que un alma pura suspira,
 Tan poético y tan bello,
 Cual tú, bellísima Siria:
 Ya pasé la edad feliz
 En que la flor de la vida
 El amor, se abre en el alma,
 Y la perfuma y reanima;
 Ya mi corazón no tiene
 En mi pecho que la admira,
 Mas que un rayo sin calor
 Para la beldad divina;
 Ya por el tiempo entibiado,
 Su amor en la arpa se cifra.—
 Mas en mi edad juvenil,
 Cuántos versos dado habria,
 ¡Ah! por una sola de esas
 Ondeantes nubecillas,
 Que lentamente se eshalan
 De tu boca distraida,
 O por ver bajo mi dedo
 La hechicera forma fija,
 Que un invisible pincel
 Encierra en oscuras líneas,
 Cuando la luz de la luna

Que de lleno te ilumina,
Sobre la pared, en sombra,
Tu gallardo talle imita.

No acertábamos á arrancarnos á aquella primera escena de la vida árabe; en fin, fuimos por primera vez, al cabo de tres meses, á descansar en camas y á dormir sin temor de las olas (1). Un viento impetuoso bramaba en el mar, sacudía las paredes de la alta estancia en que estábamos acostados, y nos hacia sentir mas deliciosamente lo que vale una morada tranquila despues de tantas sacudidas. Yo pensaba con indecible placer que Julia y mi muger estaban ya, en fin, por mucho tiempo à cubierto de todo peligro, y combinaba en mi acalorada fantasia los medios de prepararles una residencia agradable y segura miéntras yo proseguia mi viage por estos sitios que al fin tocaban mis piés.

(1) Ligero descuido del autor, en no acordarse que se detuvo algunas noches en Malta, en Aténas, en Rodas y en Chipre, segun resulta de su diario. Sin duda quiso decir que por primera vez descansaba libre de todo cuidado, y del afan de continuar su navegacion.—*N. del T.*

7 de Septiembre, 1832.

Me he levantado con el alba, he abierto la persiana de madera de cedro, única cerradura de las alcobas en este hermoso clima, y he echado mi primera mirada sobre el mar y sobre la brillante cordillera de las costas que se estienden, rodeándose desde Berut hasta el cabo de Batrun, á mitad del camino de Trípoli.

Jamas vista alguna de montañas me ha producido una impresion semejante. El Líbano tiene un caracter que no he hallado en los Alpes ni en el Taurus; es la mezcla de la imponente sublimidad de las líneas y de las cumbres, con la gracia de los por menores y la variedad de las tintas; es una montaña solemne como su nombre; son los Alpes bajo el cielo del Asia, hundiendo sus aereas cimas en la profunda serenidad de un eterno resplandor. Parece que el sol reposa eternamente sobre los ángulos dorados de aquellas crestas; la blancura deslumbradora de que las impregna, se deja confundir con la de las nieves, que duran hasta en el rigor del verano sobre las cumbres mas altas. La cordillera se desarrolla à la vista en una longitud de sesenta leguas por lo ménos, desde el cabo de Saide, la antigua Sidon, hasta las cercanías de Latakia, donde em-